

entrañas durante tres meses. Sintieron un hambre terrible aguzada por su cólera; la naturaleza triunfó, y olvidando en un segundo las consideraciones que se deben entre sí los animales civilizados, se lanzaron unos contra otros, destrozándose sin piedad. Los que habían escogido la carne, á falta de argumento, encontraron más cómodo predicar con el ejemplo, y los demás que no tenían ni granos, ni hierba, ni pescados, ni ningún plato, para vengarse se contentaron con auxiliar la venganza de sus hermanos.

Convirtiéndose el vallado en algunos minutos en un campo de batalla, donde el número de los contendientes disminuía rápidamente, sin que quedara un sólo herido en tierra. Singular lucha, en la cual los muertos caían sin saber dónde, pues apenas saciado el que devoraba, era á su vez devorado. La fiesta empezaba por el más débil para acabar por el más fuerte, y al cabo de un cuarto de hora sólo se veían en el vasto recinto diez ó doce bestias feroces, sentadas sobre sus patas posteriores, relamiéndose satisfechas, con los ojos medio cerrados, los miembros extendidos, hartos de comida.

La escuela modelo había tenido por resultado la mayor unidad posible, la que consiste en asimilarse otro en cuerpo y alma. Tal vez en eso estriba la unidad, de que el hombre tiene vaga conciencia, el objeto final, el trabajo misterioso de los mundos tendiendo á confundir todos los seres

en uno solo. ¡Pero qué ruda sátira se encerraba en aquella lucha contra las modernas ideas que prometen perfección y fraternidad á criaturas de diferentes instintos y costumbres, partículas de barro en las cuales un sólo soplo de vida produce tan distintos defectos! Sin filosofar más, Ninon mia, hay que convencerse de que los leones son siempre leones.

—Hermano Mederico—dijo Sidonio—estos diez ó doce bribones que tienen sobre la conciencia un peso enorme de pecados, han hablado divinamente, pero han obrado como unos canallas. Veamos si mis puños se han entumecido.—Dicho lo cual dejó caer su formidable puño sobre el extenso vallado, pulverizando cuanto en él había y haciendo volar las piedras y rejas con gran estrépito. Los restantes animales, única esperanza de la regeneración de las bestias, no profirieron una sola queja.

Mederico muy apesadumbrado le gritó:

—¡Eh muchacho! ¿por qué no me has consultado? Ese puñetazo te costará tristezas y remordimientos.

—Pues qué, ¿no he pegado ahora con justicia?

—Sí, guiándonos por la idea que tenemos del bien; pero dime—y esto lo dijo muy bajo para no turbar una creencia necesaria—el bien y el mal ¿no son creaciones humanas? ¿Un lobo comete verdaderamente una mala acción al comerse un cordero? El hombre, amigo del cordero, llevando

al lobo un plato de legumbres para que no devorase á aquél, ¿no sería más ridículo que el otro culpable?

—¿Quieres deducir lógicamente de eso que el bien y el mal no existen?

—Tal vez, hijo mío; ya ves, muchas veces queremos adelantar la hora fijada por Dios. Hay ciertas leyes que sin duda por poseer una esencia divina escapan á nuestra inteligencia, y por eso nos contentamos con darle el feo nombre de fatalidades. Admitimos por rara blasfemia que el mal ha podido ser creado, y hénos aquí erigiéndonos en jueces, recompensando y castigando, porque nuestros sentidos son demasiado débiles para penetrar tanto arcano, para mostrarnos que todo es bien ante Dios. Nota la absurda justicia de tu puñetazo. Has castigado á esos seres por obrar según las leyes entre las que debían vivir, y los has juzgado con egoísmo bajo el punto de vista puramente humano, arrastrado sobre todo por ese terror de la muerte que da al hombre el respeto de la vida. Te has escandalizado de ver á uná raza devorar á la otra, cuando tú no sientes escrúpulos al devorar á ambas.

—Hermano, habla más claro, ó no sentiré remordimientos por mi acción.

—Resumiendo: te diré que el mal existe, lo que me dispensa de probarte que el bien absoluto es imposible y una prueba de ello son los escombros

sobre los cuales nos sentamos. Pero dime, ¿de-seabas comer bestias feroces?

—Yo, no; no me gusta la caza mayor.

—Entonces, Sidonio, ¡á qué matarlos!

Quedó el gigante mudo ante aquella pregunta, buscando en su mente una respuesta que no halló. Pintóse el más vivo asombro en sus grandes ojos azules, y después, como hombre que descubre una verdad,

Tú lo has dicho—exclamó—mi puñetazo ha sido absurdo, puesto que no se debe matar más que para comer. Este es un precepto eminentemente práctico, que encierra hasta el más alto grado esa justicia relativa y humana de que me has hablado. Los hombres deberían hacerla escribir en letras de oro sobre las paredes de sus tribunales y en las banderas de sus ejércitos. Es verdad, no se debe matar más que para comer.

XII

MORALEJA

El sol acababa de desaparecer tras las colinas; la tierra, velada por una dulce sombra, dormitaba soñadora y melancólica, y por encima de los horizontes se extendía un cielo blanquecino sin transparencia alguna. La hora del crepúsculo es profundamente triste; la noche no ha llegado, la luz se extingue lentamente, como á pesar suyo, y el hombre al darla su adiós, siente en el cora-

zón una vaga inquietud, una necesidad inmensa de esperanza y de fé. Los primeros rayos de la mañana hacen asomar canciones á los labios, los últimos rayos de la tarde culren de lágrimas los ojos. ¿Es por el pensamiento desolador del trabajo reanudado sin cesar. ¿Es el amargo deseo, mezclado de terror, de un eterno reposo? ¿Es la semejanza de todas las cosas humanas con esa lenta agonía de la luz y del ruido?

Los dos amigos se habían sentado sobre los escombros y miraban á una estrella que brillaba en la misma línea divisoria de la tierra y el cielo por encima de las negras ramas de una encina, como si vieran en ella un consolador rayo de esperanza brillando en medio de la oscuridad del crepúsculo.

El ruido de unos sollozos les hizo volver la vista, y entre las hayas vieron llegar con paso lento y destrenzados cabellos la Primavera, blanca en medio de las tinieblas.

Sentóse al lado de Mederico, y apoyando la cabeza sobre su hombro,

—¡Oh, amigo mio—dijo—qué malos son los animales!

Y lloraba copiosamente, dejando correr sus lágrimas por las mejillas sin enjugarlas.

—Los pobres ingratos—replicó—eran mi encanto. Yo creía hacerles olvidar con mis caricias sus dientes y sus garras. ¿Es tan difícil no ser cruel!

Mederico calló. La ciencia del bien y del mal no se había hecho para aquella niña.

—Dime—preguntó—¿no eres la amable Primavera, reina del país de los Dichosos?

—Sí, soy Primavera.

—Entonces, querida mía, enjuga tus lágrimas; vengo á casarme contigo.

La princesa secó sus lágrimas, y colocando su mano entre las de Mederico, le miró frente á frente.

—Soy una ignorante—dijo con dulzura; hé aquí unos ojos avasalladores que no me dan miedo, porque veo en ellos impresa la bondad. ¿Necesitas mis caricias para ser todavía mejor de lo que eres?

—Las necesito con exceso; he corrido el mundo y estoy muy cansado.

—El cielo es bueno—añadió la niña—y no quiere que se desperdicie mi ternura. Serás mi dueño y señor.

Al concluir de hablar, sentóse de nuevo bajo el peso de una piedad desconocida, brotada en aquel momento de su ser. En su sencillez, creía llegada la hora de cumplir la misión confiada por Dios en el mundo á las jóvenes reinas de alma tierna y caritativa. Los hombres gozaban de una felicidad tan perfecta que se enfadaban al menor beneficio intentado en su obsequio. Los animales eran irascibles, sin saber por qué, y en vista de que el cielo la había dado lágrimas y

caricias para dedicarlas á otras criaturas, nadie más digno de poseerlas que su amado prometido, tan necesitado de ellas. Sentíase transformada, olvidó á su pueblo y á sus pobres discípulos sobre cuya tumba se hallaba, y su amor, ofrecido á la creación entera, rehusado por ésta, se agrandaba al fijarse sobre un solo ser. Se abismaba en aquel infinito, indiferente á todo lo terreno, ignorante del mal, comprendiendo que obedecía á Dios y que una hora de tan sublime éxtasis, era preferible á mil años de progreso y de civilización.

Primavera, Sidonio y Mederico permanecieron mudos por breves instantes, mientras reinaba á su alrededor un inmenso silencio. Grandes sombras que vagaban por el campo cambiaban éste en un lago de tinieblas, de pesadas é inmóviles ondas; sobre sus cabezas se cernía un cielo sin luna, sembrado de estrellas, cual negra bóveda acribillada de agujeros de oro. Allí, siguiendo cada uno sus pensamientos, teniendo el mundo á sus pies, pensaban en la noche sentados sobre las ruinas de la Escuela Modelo. Primavera, esbelta y sencilla, rodeó con sus brazos el cuello de Mederico y se apoyó sobre su pecho, mirando sin temor las profundas tinieblas. Sidonio, reclinado á medias, desesperado y tembloroso, ocultaba sus puños, reflexionando á pesar suyo.

De repente elevó su voz con un acento de indecible tristeza.

—¡Ay de mi, hermano mio! ¡qué vacía está mi pobre cabeza desde el día que la llenaste de pensamientos! ¿Dónde están los lazos que tendía á los lobos con tanta alegría? ¿Mis campos de manzanos, mi pobre estupidez que me libraba de tan tontos sueños?

—¡Cómo, hijo mio!—preguntó dulcemente Mederico—¿lamentas nuestros paseos y la ciencia adquirida?

—Mucho; he visto el mundo y no lo he comprendido. Has intentado describirmele, y tus lecciones han ocultado una amargura que ha turbado mi santa quietud de pobre de espíritu. Antes poseía creencias por instinto y una fe ardiente en mis propias convicciones; ahora me fatiga la vida; no sé dónde ir, ni qué hacer.

—Confieso, hermano mio, haberte instruido en parte á la ventura; pero dime: en ese pozo de ciencias imprudentemente removido, ¿no has encontrado algunas verdades irrefragables y prácticas?

—Justamente esas lindas verdades son las que me apenan. Sé ya que ni la tierra, ni sus campos, ni sus frutos me pertenecen, y llego hasta poner en duda el derecho de distraerme aplastando moscas en las paredes. ¿No podrías librarme del terrible suplicio del pensamiento? En cambio yo te relevo del cumplimiento de tus promesas.

—¿Qué te había prometido?

—Darme un trono y hombres á quienes matar.

¿Qué van á hacer ahora mis pobres puños? Llegarán á serme inútiles y embarazosos, porque no tendré el valor de levantarlos ni sobre un mosquito. Estamos en un reino indiferente á las grandezas y miserias humanas; sin guerra, sin corte, casi sin rey. Este es, sin duda, el castigo de nuestra ambición ridícula. Te lo ruego, hermano, calma la turbación de mi espíritu.

—No te inquietes ni te aflijas; hemos llegado á puerto. Estaba escrito que seríamos reyes, pero esa es una fatalidad de que podremos consolarnos. Nuestros viajes han tenido el excelente resultado de cambiar nuestras ideas primitivas de dominación y conquista, por las cuales pagamos la novtada en el reino de los Azules. El destino tiene su lógica, y debemos dar gracias á la fortuna de que; al no poder evitarnos la majestad, nos ha proporcionado un hermoso reino extenso y fértil, donde viviremos honrados y felices. Ganaremos al menos, en este oficio de rey honorario, la libertad, y no tendremos las contras del cargo. Envejeceremos en nuestra alta dignidad, gozándonos en nuestra corona como avaros, es decir, sin enseñársela á nadie, y así nuestra existencia tendrá un doble objeto: el de dejar tranquilos á nuestros súbditos y disfrutar de esa tranquilidad que será nuestra recompensa. Nada, hijo mío, no te desesperes; vamos á emprender una vida desprovista de cuidados, para olvidar todos los groseros espectáculos, todos los malvados

pensamientos del mundo que acabamos de atravesar. Vamos á ignorarlo todo y á dedicarnos á amar. En nuestros reales dominios al sol, en invierno, bajo las encinas en el estío, cumpliré la misión de acariciar á Primavera, mientras ella me devolverá duplicadas sus caricias. Tú, como no podrás sin morir de aburrimiento, conservar inactivos tus brazos, labrarás nuestros campos, los sembrarás, los segarás, vendimiarás, y de este modo comeremos pan y beberemos vino de nuestra propiedad. No mataremos nunca ni para comer. Sólo para cumplir esos preceptos continuaré siendo sábio. Ya te lo decía yo al emprender el viaje: «Te procuraré una ocupación, la cual haga que dentro de mil años hable aún el mundo del mejor de tus puños»; porque los labradores del porvenir se maravillarán al pasar por los campos y ver su eterna fecundidad y dirán entre sí: «Aquí trabajó antiguamente el rey Sidonio.» Te lo predije: tus robustos puños debían llegar á ser puños de rey, sólo que serán de rey del trabajo, los más hermosos, los más raros que existen.

El disgusto de Sidonio desapareció como por encanto, pues su misión en la vida común le pareció la más agradable, por ser la que exigía más fuerza.

—Pardiez, hermano—exclamó;—es muy bonito razonar cuando se encuentra una deducción juiciosa. Estoy consolado; soy rey y reino sobre el campo; nada mejor podría hallar. Ya verás mis

soberbias hortalizas; mis trigos, altos como rosales; mis viñas, suficientes para abastecer una provincia. Nací para batirme con la tierra; desde mañana trabajaré y dormiré al sol, sin ocuparme de más.

Sidonio cruzó los brazos y se adormeció tendido sobre la tierra. Primavera continuaba mirando á las tinieblas, estrechando entre sus brazos el cuello de Mederico y escuchando los latidos del corazón de su amado.

Después de una pausa,

—Hermano mío—dijo—réstame pronunciar un discurso, que será el último, te lo juro. Aseguran que toda historia ó cuento exige una moraleja; y por si alguna vez á cualquier hombre corto de alcances le da la idea de referir el asombroso relato de nuestras aventuras, y al mundo le parece exagerada la libertad de palabra y acciones de sus héroes, por verificarse eso en una sociedad perfecta bajo todos puntos de vista, creo muy caritativo, antes de abandonar la escena, buscar la moraleja de nuestras aventuras, á fin de evitar á nuestro historiógrafo la vergüenza de pasar por embustero. He aquí lo que podrá escribir sobre la última hoja del cuento:

«Buenas gentes que me habéis leído: somos vosotros y yo unos completos ignorantes, pues opinamos que nada hay tan cerca de la razón como la locura. Es cierto que me he burlado de vosotros, pero antes me había burlado de mí mis-

mo. Creo que el hombre no es nada, y dudo de todo. La burla de nuestra apoteosis ha durado demasiado. Mentimos insolentemente al considerarnos como la última palabra de Dios, la criatura por excelencia, aquella para quien creó el cielo y la tierra. No se puede imaginar una fábula más consoladora; porque si mañana mis hermanos llegan á convencerse de lo que son, se irán suicidando poco á poco. No temo que su razón les conduzca á tal extremo por la inagotable caridad y la copiosa provisión de admiración y respeto por su ser. Tampoco tengo la esperanza de convencerlos de su miseria, lo cual hubiera sido un fin moral como otro cualquiera. A cambio de una creencia que les quitara, no podría darles otra mejor. No me hagáis caso; sólo os he contado un sueño de la noche pasada. Dedicó el relato á la humanidad; mi relato es digno de ella, y en todo caso, poco importa una tontería más entre las infinitas tonterías de este mundo. Me acusarán de no ser de mi tiempo, de negar los progresos en los días más fecundos en conquistas. ¡Pobres gentes! Vuestras nuevas claridades no son más que tinieblas; aún no hemos aclarado el gran misterio. Me desconuelo á cada pretendida verdad que se descubre, porque no es la deseada por mí: la verdad una é indivisible, que curará tan sólo mi espíritu. En seis mil años no hemos podido dar un paso hacia ella. Si ahora, para evitaros el trabajo de juz-

garme loco de atar, os es absolutamente precisa una moraleja para las aventuras del gigante y el enano, tal vez os contentéis con ésta: seis mil años han pasado, y muchos seis mil pasarán sin que acabemos jamás de bajar el pie del primer paso.»

He aquí hermano, lo que un historiador concienzudo deducirá de nuestra historia; pero ¿no te figuras los agudos gritos que acogerán semejante conclusión? No quiero, francamente, ser causa del escándalo entre nuestros futuros hermanos, y deseoso de ver correr nuestra leyenda por el mundo debidamente autorizada y aprobada, en este instante redactaré la moraleja siguiente:

«Buenas gentes que me habeis leído—escribirá el pobre narrador—no puedo detallaros las quince ó veinte moralejas de este relato; las hay para todas las edades y condiciones, y sólo basta para adivinarlas que interpretéis bien mis palabras. La verdadera moral, la más moralizadora, de la cual yo mismo pienso sacar provecho en mi próxima historia, es esta: Cuando nos encaminemos en busca del Reino de los Dichosos, es necesario que llevemos aprendido el camino. ¿Están ustedes convencidos? Ya he salido del apuro. ¡Eh, Sidonio! ¿no me aplaudes?»

Sidonio dormía. La luna acababa de salir, y una dulce claridad llenaba el horizonte dando un tinte azulado al espacio, cubriendo de platea-

das sábanas la parte elevada de los campos. Las tinieblas se habían disipado y reinaba el silencio más profundo. Al terror de la hora precedente había sucedido una serena tristeza. El primer rayo iluminó al grupo de nuestros tres héroes, y Mederico y Primavera aparecieron abrazados é inmóviles sobre las ruinas, mientras que á sus pies yacía Sidonio.

Abrió los ojos el gigante, y medio dormido dijo:

—Mederico ¿dónde está la Sabiduría?

—Hijo mio—respondió Mederico—coje un báculo.

—Ya entiendo—dijo Sidonio.—¿Y la Felicidad?

Entonces Primavera, resplandeciente de hermosura, se levantó, y volviendo á echar los brazos al cuello de su amante, posó sus labios en los de Mederico y le dió un beso.

Sidonio, convencido y satisfecho, se volvió á dormir, dando cabezadas, roncando estrepitosamente, más embrutecido que nunca.

FIN DE LOS CUENTOS Á NINON